

AL PIÉ DE LA CUBA.

(COSTUMBRES BASCONGADAS)

El manzano, árbol bajo y extenso, de raquítica figura cuando no está en flor y de semejanza en su copa á una sombrilla, fué el destinado á hacer un grandísimo papel en el Paraiso, como que albergó en su tronco al génio del mal, á Lucifer, y en su fruto todos los males de la tierra, trasmitidos á la humanidad por un mordisco de mujer.

Y el hombre, exasperado con la pérdida de tantos bienes, estrujó con rabia y venganza este fruto; mas ¡oh sorpresa!, las lágrimas de la manzana sirvieron de consuelo á los desheredados del Paraiso, porque queriendo reparar el mal causado por su intercesion, dió en su zumo exquisito néctar que hoy se conoce con el nombre de sidra.

Los verdaderos aficionados á esta bebida la acechan, la buscan en el campo ó la ciudad; y cuando al catar de una de las cubas descubiertas, ya en un lejano caserío ó taberna de pueblo inmediato, la califican de superior, este descubrimiento es más celebrado que el de Colon y la gente acude en masa al lugar designado, y durante tres ó cuatro días el cosechero, dueño de tan preciado tesoro, tiene su romería asegurada.

Al anuncio de una buena sidra todos abandonan el trabajo. Antes era un crimen el acudir en coche ú otro medio que no fuese á pié, pero en el día la abundancia de vehículos delante de la sidrería ó en el crucero más próximo, si no hay carretera, denota que han variado los tiempos y que las facilidades que nos proporciona la época hacen que la comodidad sea atendida primero.

El núcleo de concurrentes á la apertura de una *sagardúa* lo componen cortadores, y artesanos en gran número, propietarios de pequeños comercios, indianos, marineros, obreros y algunos señoritos desocupados que gastan boina, y el contraste que forma esta abigarrada cantidad de diversos trajes y colores, extraña sobremanera; pues que allí se vé, entre la faja y blusa del pescador y jornalero, el *chaquet*

y hongo del *indiano*, y entre las maneras finas del hombre educado, el tosco ademan del rudo aldeano.

Si la sidra se expende en el casco de alguna poblacion ó aldea, á la puerta del establecimiento bullen compactos grupos de gente que sirve de anuncio con su presencia. El local es lóbrego y oscuro, almacenan sin ventilacion en el que lucen las candilejas mañana y tarde. Por estrecho portal obstruido con hilera de bancos súcios y desvencijados tiene acceso, y en primer término y á la humeante luz del aceite se distingue una larga fila de cubas enormes que en su negrura parecen colosales elefantes adormecidos; aquí y allá barricas, toneles, leña, hojarasca, bancos y alguna silla incapaz, todo festoneado de moho y las paredes cubiertas de humedad y profusion de telas de... araña. Braseros de piedra para asar entre sus candentes cenizas la modesta sardina ó el trozo de mal abadejo, y chirriantes sartenes friendo en sus entrañas rojos chorizos ó lonjas y magras de jamon hostigadas en su evolucion por manos de mujeres especuladoras.

El gran bebedor, como el buen artillero al pié del cañon, no se separa de la cuba y allí en aquella atmósfera insalubre de humo, olor y humedad, va apurando trago á trago el ansiado mosto. Dadle al tal sujeto una mesa pulcra, una habitacion aseada, manjares en vajilla, y os dirá que la sidra en esas condiciones se desvirtua y que es preciso beberla dentro de aquel antro.

Una ó dos dulcineas, segun la afluencia, escancian en copas que se hallan colocadas en barreños ó cubetas repletas de agua en la que están en remojo, y las pobres mujeres no cesan un momento de mover el grifo, llenando y volviendo á llenar los vasos del solicitado néctar que á la incierta luz de las candilejas parece oro.

Los *gourmets* de sidrería tienen siempre para merendar escogida lista de comestibles, y ya son las tiernas chuletas ó los exquisitos *entrecots* ó la abundante callada, la dorada merluza frita, las famosas *trimpollas* (tripas de merluza) ó las frescas anchoas á la papillote, porque el género francés ha adquirido carta de naturaleza hasta en las tabernas; pero el mísero peon y el infeliz pescador que pululan por entre aquellos *tripazais* (tragaldabas) se contentan á la fuerza con la sardina en el pan, cuyas migajas van á parar á las fauces de su inseparable perro.

El entusiasta consumidor que nunca separa la vista de la cuba, vé con pena cómo extrañas y para él profanas gentes acuden en crecido

número á comprar al *por mayor* y llena el primero sus toneles, otro infinidad de botellas, otros cantaros ó herradas para llevarla á vender fuera de aquel clásico recinto ó despacharla en sus casas.

Esto le disgusta en alto grado; es arrancarle la fibra más sensible de su corazón, porque vislumbra en periodo breve el término de su muy amado brevaje.

La contabilidad de las escanciadoras no ofrece quebraderos de cabeza, y eso que en ocasiones se arma gran confusión y barullo; se fían de la buena fê de los parroquianos. Cada consumidor al tomar el vaso vá cantando el número de los que debe; *bigarrena, laugarrena, amargarrena*, (segundo, cuarto, décimo) y á la conclusion de su tarea hace el resúmen total y paga religiosamente. A veces, como la cuenta sube al vaso número veinte ó treinta, le cuesta más de un cuarto de hora de discusion el arreglarla, y se comprende.

Si la sidrería se ha abierto en un caserío, la decoración varía; pues si bien en el fondo es la misma, en la forma presenta mayor colorido y abundancia de aire, luz y espacio. La gente, las cubas, las meriendas, todo es igual, más cambia la escena que generalmente se verifica en el establo de la casería; mientras el concurrente bebe, recibe el saludable aliento de vacas y terneros, oye la chillona música de los cerdos, y se encuentra si se descuida con una coz que sale de entre tinieblas, y cuyo autor se adivina siempre: un manso asno. Pero á capricho tiene, si quiere, el gran salon de la naturaleza para comedor, con la verde alfombra por mantel, y los frondosos árboles por toldo, y las diversas cocinas que al aire libre se improvisan para satisfacer su estómago.

Y vamos á conocer ahora este tipo *amateur* de la sidra.

Manuel ha hecho dinero con el tráfico de ganado y colocado sus intereses en papel del Estado, Banco y sociedades de crédito, con cuyo objeto ha aprendido á leer, escribir y contar lo suficiente para poder enterarse diariamente de la cotización de la Bolsa; y como no tiene otro quehacer, se dedica exclusiva y buenamente á comer, pero á comer de lo lindo, para descansar, así lo dice él, puesto que bastante ha bregado ya con cuernos. Todas la mañanas dá su vueltitita por el mercado, porque eso sí, ¿para qué ganó tanto dinero sino para comerse lo mejorcito que aparezca en la plaza? ¿para quién han de ser los primeros besugos, los primeros chipirones (calamares), las primeras lampernas (percebes), las tiernas legumbres, la madura

fruta, las producciones todas de la tierra, sino para Manuelito?

Al mediodía come espléndidamente, toma café y copa, y despues de terminada con calma tan importante funcion, se dirige pian, pianito, por carretera ó camino vecinal, segun su destino, á donde le han indicado los aficionados que se vende la mejor *sagardúa*. Da gusto verle por esos caminos de Dios con el consiguiente bamboleo de su cuerpo hercúleo, su gran barba entrecana, una cara que parece un sol, su pesado continente, el fardelito con la merienda en una mano y el garrote en la otra, andar algunos kilómetros hasta dar con la deseada *mezquita*. A la llegada saluda á sus conocimientos, que por lo regular son todos los fuertes bebedores, y se sienta en un banco al pié de la cuba; en seguida saca de su pañuelo-fardel las provisiones: poca cosa, alguna merluza de ocho ó diez libras ó una tajada de sustanciosa carne, como que es sastre que conoce el paño; é ínterin se lo preparan, comienza su rosario de vasos, tomándose media docenita para hacer boca. Le rodean sus amigos, admiradores y guasones que quieren *tomarle el pelo*, y alguno que otro caballero de hongo que ha cultivado su amistad en Madrid ó Valladolid cuando Manuel iba á estos puntos por asuntos mercantiles.

Enablada la conversacion, cuidadito con interrumpirle ó hacerle observaciones; es muy susceptible y no aguanta bromas; destroza el castellano, y aun el bascuence, su lengua nativa pero habla de las Córtes y de la córte, del ayuntamiento, y hasta de la Dominica, que tiene un puesto en el mercado.

Entretanto, merienda la carne con cuchara para que no se escape el jugo, y lo demas con los cinco mandamientos, tragándose el pan por libras.

La rociada de sidra es tanta, que asalta el temor de que esta no hace más que cambiar de sitio. La cabida de *la cuba* de Manuel es de 20 ó 30 vasos diarios, y su complacencia explicar quinientas veces á cuantos le quieran oír la cantidad de sidra que ha bebido en los cincuenta años que lleva de existencia, y que á su juicio llenaría la bahía de Pasages.

Al oscurecer, y despues de haber pagado el gasto de sus amigos, que no en vano es poderosísimo señor, emprende la caminata de vuelta á pié, él no pierde las antiguas y buenas costumbres; pero en recompensa, al llegar á las puertas de su casa, se le desarrolla un apetito tan voraz, que cena opíparamente, vacía algunas copitas de

aguardiente y se acuesta tranquilamente hasta mañana, que se repite el mismo espectáculo.

Este es uno de los pocos tipos clásicos de sidrería que quedan; pues que la mayoría, como hemos dicho ántes, acude en grupo más ó ménos numeroso, pero casi siempre en coche, y alguna vez en ferro-carril, segun el lugar.

La tradicional romería á la sagardúa no existe ya apénas; la cerveza y el vino han concluido con ella, así como el moderno *restaurant* con las meriendas en el campo.

A pesar de todo, el lema de los escasos aficionados que permanecen fieles á las antiguas tradiciones, es que la buena sidra debe beberse al pié de la cuba.

ALFREDO DE LAFFITTE,

MUNDUARI.

(AMALAUDUNA.)

Zenbat joaten diraden, zur-egiñikan,
 Atsegiñen ondoren, zугan, mundua!
 ¡Zenbat itzultzen diran, samindurikan
 Sentitutzen dutela biyotz otztua!
 Len zijoazen pozez, pentsaturikan
 Arkituko zutela zугan gozua;
 Gaur datoz atsekabez, ikusirikan
 Zугan ez dagola poz egiazkua.
 Beren biyotza len zan errugabea;
 Larrosaturik zegoen berentzat dana;
 Gaur biyotza daukate miñez betea;
 Pena beti dijoa ¡bai! berengana...
 ¡Mundua! zera guziz eskergabea...
 ¡Doatsua zugandik aldentzen dana!

KARMELO ECHEGARAY-KOAK.
